





Prevenir Incendios Es Salvar Vidas





Textos narrativos de estudiantes de escuelas de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca



Prevenir Incendios Es Salvar Vidas

Textos narrativos de estudiantes de escuelas de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca, en el marco del IV Concurso "Prevenir Incendios es Salvar Vidas" 2025

Mesa de Prevención de Incendios Forestales y Manejo del Fuego NOA

Prevenir Incendios Es Salvar Vidas

Textos narrativos de estudiantes de escuelas de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca, en el marco del IV Concurso “Prevenir Incendios es Salvar Vidas”

ISBN: 978-631-01-4360-6

Primera edición: Marzo de 2026

Textos y dibujos
Estudiantes de escuelas primarias y secundarias participantes del Concurso “Prevenir Incendios es Salvar Vidas”, edición 2024 y 2025.

Edición y diseño
Griselda Gerbi

Prevenir incendios es salvar vidas : textos narrativos de estudiantes de las provincias
de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca / Griselda Mabel Gerbi ; Editado por Griselda
Mabel Gerbi. - 1a ed .ilustrada. - Salta, 2026.74p
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-01-4360-6
CDD A860

Mesa de Prevención de Incendios Forestales y Manejo del Fuego NOA

mesadelfuegonoa.org

El **IV Concurso “Prevenir Incendios Es Salvar Vidas”** fue declarado de **“interés educativo”** por las siguientes instituciones en el año 2025:

- Ministerio de Educación de Tucumán
- Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología de Salta
- Honorable Cámara de Diputados de Catamarca
- Ministerio de Ambiente y Cambio Climático de Jujuy
- Honorable Cámara de Diputados de Jujuy

La problemática de los incendios forestales en la Región del NOA representa uno de los desafíos ambientales más críticos de nuestro tiempo. El impacto en la biodiversidad, la economía y la salud de nuestras comunidades exige una respuesta inmediata. Sin embargo, la solución no reside únicamente en el combate del fuego, sino en la semilla de la prevención.

Este libro reúne los trabajos ganadores del IV Concurso "Prevenir Incendios es Salvar Vidas", una iniciativa que ha logrado movilizar a estudiantes de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca con un objetivo claro: reflexionar y actuar.

A través de la narrativa y la expresión artística, los estudiantes han logrado profundizar en una problemática compleja y traducirla en mensajes movilizadores. Este libro actúa como un puente entre la escuela y la sociedad. Cada texto es una herramienta de concientización pensada para modificar conductas, en especial la negligencia humana, principal causante de estos eventos en nuestra región.

Al recorrer estas páginas, el lector se encontrará con la mirada lúcida de una juventud que no se resigna a ver como su ambiente se degrada o destruye. Estos trabajos son el primer paso de una campaña de prevención que nace en las aulas pero que debe resonar en toda la sociedad. Hoy, los niños y jóvenes nos enseñan que prevenir no es solo evitar un incendio; es, literalmente, salvar vidas.

Para finalizar queremos dar nuestro más sincero reconocimiento a los docentes y directivos, quienes han sido el motor de esta iniciativa. Gracias por transformar las aulas en espacios de reflexión y por guiar con paciencia y dedicación la creatividad de sus alumnos. Su compromiso va más allá de la currícula escolar: al incentivar la participación en este concurso, han sembrado en cada niño y joven la semilla de la responsabilidad ciudadana, convirtiéndose en aliados indispensables en la protección de nuestro ambiente.

Asimismo, extendemos un agradecimiento especial a las instituciones integrantes de la Mesa de Prevención de Incendios Forestales y Manejo del Fuego del NOA. La labor articulada no solo hizo posible la organización y logística de este IV Concurso, sino que su rol como jurado garantizó una mirada técnica y comprometida sobre cada obra presentada. Esta publicación es el reflejo de una sinergia institucional que entiende que las fronteras provinciales se borran cuando el objetivo es cuidar nuestra casa común.

Griselda Gerbi Y Lautaro Vazquez
Regional NOA
Servicio Nacional de Manejo del Fuego - AFE

Jujuy

La gran lección de la Aldea Verde

Autores: 1° 7°, Bachillerato N°6. San Salvador de Jujuy

Había una vez, en un pequeño pueblo llamado Aldea Verde, un lugar rodeado de bosques frondosos y campos de flores.

Los habitantes de la Aldea eran conocidos por su amabilidad y su amor por la naturaleza. Sin embargo, había un problema que acechaba su tranquilidad: los incendios forestales.

Un día, el anciano del pueblo, don Manuel, reunió a todos en la plaza. Con voz serena pero firme les habló acerca de la importancia de cuidar su entorno y cómo pequeños descuidos podían llevar a grandes desastres. Dijo “Un solo fósforo puede encender un fuego que arrase con todo lo que amamos”.



Inspirados por sus palabras, los aldeanos decidieron actuar. Formaron un grupo llamado “Los Guardianes del Bosque”, integrado por jóvenes y adultos dispuestos a aprender cómo prevenir incendios. Se reunieron cada semana para debatir y practicar medidas de seguridad.

Primero aprendieron sobre el cuidado del entorno. Limpiaron de hojas secas y los espacios seguros. Luego organizaron talleres donde enseñaron a los niños sobre el uso responsable del fuego, cómo no dejar fogatas encendidas sin supervisión y no tirar colillas de cigarrillos al suelo.

Un día, mientras estaban en una reunión, uno de los jóvenes del grupo, Lucía, tuvo una idea brillante. Propuso hacer carteles informativos sobre la prevención de incendios, y colocarlos en lugares estratégicos del pueblo. Todos se entusiasmaron con la idea y se pusieron manos a la obra.




SE PROTAGONISTA:
EL BAÑO QUÍMICO
un segundo de Descuido,
una vida entera en Cenizas
Chevron
El Gobierno de Estados
Unidos anunció
Ministerio del Interior
Ministerio de Economía
Ministerio de Salud
Ministerio de Trabajo
Ministerio de Justicia
Ministerio de Defensa
Ministerio de Ciencia
Ministerio de Cultura
Ministerio de Deportes
Ministerio de Turismo
Ministerio de Vivienda
Ministerio de Transporte
Ministerio de Comercio
Ministerio de Agricultura
Ministerio de Ganadería
Ministerio de Pesca
Ministerio de Minería
Ministerio de Energía
Ministerio de Telecomunicaciones
Ministerio de Tecnología
Ministerio de Innovación
Ministerio de Desarrollo
Ministerio de Inclusión
Ministerio de Igualdad
Ministerio de Diversidad
Ministerio de Derechos
Ministerio de Libertad
Ministerio de Justicia
Ministerio de Paz
Ministerio de Seguridad
Ministerio de Defensa
Ministerio de Relaciones
Ministerio de Cooperación
Ministerio de Integración
Ministerio de Unidad
Ministerio de Soberanía
Ministerio de Independencia
Ministerio de Libertad
Ministerio de Democracia
Ministerio de República
Ministerio de Federación
Ministerio de Estado
Ministerio de Gobierno
Ministerio de Administración
Ministerio de Función Pública
Ministerio de Empleo
Ministerio de Trabajo
Ministerio de Seguridad Social
Ministerio de Salud
Ministerio de Educación

Con el tiempo Aldea Verde se convirtió en un ejemplo a seguir para otras comunidades. Los Guardianes del Bosque realizaron charlas en las escuelas cercanas y compartieron sus conocimientos y experiencias con otros pueblos.

Un verano caluroso, cuando el viento soplaba fuerte y seco, una chispa provocó un incendio en un bosque cercano. Gracias a las lecciones aprendidas y a la preparación de los aldeanos, pudieron actuar rápidamente. Con mangueras listas y el apoyo de los bomberos locales, lograron contener el fuego antes de que se extendiera hacia toda la Aldea.

Cuando todo pasó, don Manuel convocó nuevamente a todos en la plaza para expresar que “hoy hemos aprendido que prevenir incendios es salvar vidas”, dijo con orgullo. Los aldeanos celebraron su valentía y se sintieron más unidos que nunca.



El bosque de lumbre y esperanza

Autores: 2° 8°, Bachillerato N°6. San Salvador de Jujuy

En lo profundo de las montañas, donde los árboles hablaban con el viento y los animales vivían en armonía, existía un bosque llamado Lumbreverde. Allí, entre arbustos y flores silvestres, vivían criaturas grandes y pequeñas: zorros curiosos, venados tímidos, búhos sabios y un oso pardo llamado Tuno, que cuidaba el bosque como si fuera su gran hogar...porque en realidad lo era.

Cada tarde, cuando el sol doraba las copas de los árboles, los animales se reunían para escuchar historias de los mayores. Pero una tarde, en lugar de cuentos, llegó un espeso humo.

El aire se volvió muy pesado. El cielo, antes azul, se tornó gris. Los pájaros alzaron el vuelo asustados y el suelo empezó a crujir con calor. Un incendio había comenzado.

-¡Corran hacia el río!, gritó Tuno, guiando a los más pequeños.

Mientras los animales escapaban, el fuego devoraba árboles, nidos y madrigueras. Ese bosque, que una vez fue un canto de vida, ahora lloraba cenizas. Algunos animales lograron huir, otros no tuvieron tanta suerte. Y lo peor fue que el incendio...lo había iniciado un descuido humano.

Días después, el bosque quedó en silencio, las hojas ya no crujían, los pájaros no cantaban y los árboles eran esqueletos negros. Tuno y los sobrevivientes regresaron con los ojos tristes.

-¿Por qué pasó esto, Tuno?, preguntó una ardillita llamada Luma.

-"Porque alguien olvidó que un bosque no es sólo un lugar bonito", respondió el oso. -Es la casa de todos nosotros. Y con una fogata mal apagada, se perdió todo.

Luma miró a su alrededor, donde antes había flores, ahora era tierra quemada. Donde antes jugaban, ahora quedaban huellas de dolor.



Pero entonces vio algo: una pequeña plantita brotando entre las cenizas.

-¡Mirá!, exclamó.-¡Todavía hay vida! Tuno sonrió por primera vez en días.

-Eso significa que hay esperanza. Pero necesitamos ayuda para que esto no vuelva a pasar.

Desde ese día, los animales se convirtieron en guardianes del bosque. Colocaron señales con mensajes como:

“Apaga bien tu fogata”, “No tires colillas de cigarro”, “No dejes botellas ni vidrios que puedan causar fuego”.



Luma incluso aprendió a comunicarse con los humanos que acampaban cerca. Les contaba cómo muchos de sus amigos habían desaparecido por culpa de un incendio.

Y poco a poco, los árboles comenzaron a crecer de nuevo y los cantos regresaron y los animales volvieron a ser felices.

El bosque nunca olvidó lo que había perdido. Pero gracias a la conciencia de muchos, tampoco volvió a arder sin razón.

Todos debemos involucrarnos y cuidar la naturaleza, porque prevenir un incendio es mucho más fácil que apagarlo. Porque cada chispa puede destruir un hogar. Y porque cada árbol que cuidemos...es una vida que salvamos



¡Forto amigo, fuego no!
“ El fuego no perdona ni un minuto de retraso”

Autores: 3ero 2da, Colegio N° 53 de Artes Audiovisuales. (Candela Emilia Medina)

Dicen que los perros tenemos mala memoria, no es que lo vaya a negar, pero yo todavía recuerdo la primera vez que conocía ¨Labrador mayor¨.

Yo estaba con mis hermanos y mi mamá en un prado, lo que estábamos haciendo... bueno, eso te lo debo, Francisco. Pasó todo tan rápido que solo recuerdo las llamas y a mi camada corriendo por todos lados, con la esperanza de encontrar una salida. Había tanto ruido y luz que me desorienté, se me hizo imposible encontrar a mi madre, lo único que se me ocurrió fue correr para que la furia ígnea no me atrape; aunque eso no me sirvió de mucho, a los dos minutos me cansé y las brasas comenzaron a alcanzarme.

¡Pensé que era mi fin, te lo juro por todos los huesos del mundo! Pero ahí fue cuando apareció Labrador mayor. Él me abrazó, me sostuvo contra su pecho y atravesó las llamas. ¡Igualito a los señores de ropa extraña de los papeles que encontraba en los basureros cada vez que acompañaba a mamá a buscar comida! ¡Fue asombroso, Francisco!

Y cuando me vio a los ojos... supe que no quería alejarme de él nunca más. Y es por eso que me volví su compañero de rescate. Aunque, no te voy a mentir, Francisco, yo no le dejé otra opción. Cada vez que me enviaban a un refugio de animales, yo me escapaba de alguna u otra forma y siempre volvía al edificio donde él siempre estaba limpiando esa gran máquina roja.

Y siempre que me veía ahí sentado, con rasguños por pasar por los alambres de la perrera, se reía y me llevaba a dar un paseo en esa máquina con ruedas, antes de llevarme de vuelta al refugio.

Pero, como ya se lo dije, un día ya no pasamos por la verdulería que estaba a la vuelta del refugio. En cambio, me llevo de vuelta a ese edificio y me dio un casco, similar al que él usaba ¡fue el segundo mejor día de mi vida, Francisco! Todos me mimaron, y ahí fue cuando comenzaron a llamarme Forto.

Tardé un tiempo en entenderlo. Pero lo memoricé más rápido cuando me dieron un bonito chaleco para acompañarlos a sus misiones.

Fui el perro más feliz durante varios años, salvé muchas vidas de derrumbes e incendios ¡Hasta me hicieron un cuadro de honor! Pero todo lo bueno tiene que terminar en algún momento o, en mi caso, cambiar.

Labrador mayor y mis demás compañeros me hicieron una fiesta y me compraron muchos juguetes. Pensé que iban a elegirme empleado del año (como todas las anteriores veces

desde que empecé a trabajar) e imaginé que esa era mi fiesta de celebración.

¿Pero sabes qué era, Francisco? ¡Mi fiesta de retiro! Dijeron que yo ya estaba muy viejo como para seguir asistiendo en la estación ¿¡Cómo se atreven!? ¡Tantos años de servicio para nada! O eso fue lo que pensé en ese momento al creer que me dejarían abandonado a mi suerte, como los miles de hermanos que veía dormir en cartones o en el piso pelado de la calle. Pero, por suerte, me equivoqué. Ya que apenas terminó la jornada laboral de Labrador Mayor me llevó en su vieja máquina rodante, no era tan grande como la roja, pero era cómoda.

Al poco tiempo llegamos a un área llena de verde y paramos frente a una casa, primero bajo él y luego me cargo para bajarme y llevarme al interior de esa casa. Al entrar, lo primero que olí fue mi comida favorita, Girasol asado. No me juzgues, Asís, pero desde que lo probé, gracias a una señora al recompensarme por salvar su prado de un incendio, no hubo sabor que se comparara al ahumado y crujiente girasol.

Como si leyera mi mente, Labrador Mayor me soltó y yo fui corriendo hacia la cocina. Lo primero que vi fue a una mujer, pelinegra y con un vestido con un cinturón alrededor de su cintura.

Estaba a punto de salir corriendo para volver con él, pero la mujer me dio caricias en la cabeza y se arrodilló frente a mi para seguir mimándome, no entendía nada, ella me trataba como si me conociera de toda la vida. Pronto descubrí que su nombre era Fabiela Mandalí.

Labrador Mayor apareció por la entrada de la cocina, tenía una gran sonrisa, la mujer me soltó y se acercó para a saludarlo con un beso. En ese momento no sabía que era eso, pensé que iba a atacarlo y mi mejor defensa fue ponerme en frente de él y ladrarle a la desconocida.

Labrador mayor solo me dio unas palmadas suaves en la cabeza, asegurándome que todo estaba bien y que no debía desconfiar de ella. La señorita solo me sonrió y lo terminó de saludar, para después acercarse a la cocina y mostrarme el girasol asado que había olido hace un momento, mi desconfianza me había hecho olvidar su existencia.

¡Fue el mejor girasol que probé en toda mi vida! No te ofendas, Francisco ¡Pero fue el cielo hecho en la tierra! Sigo pensando que fue el cariño de esa mujer lo que le dio ese sabor tan especial, aunque tampoco puedo quitarle crédito al delicioso queso feta, y a la sal de manzana y camote.

Fue crujiente, con ese sabor ahumado que tanto adulé, y ese queso... ¡uff! ¡estaba como para morirse! nunca había probado un queso tan delicioso. Incluso el detalle más pequeño, como la sal, quedaba exquisito ¿Sabías que existía la sal de manzana y camote? ¡Debería probarla, señor Francisco!

Pronto conocí a los cachorros de Labrador mayor, pero empecé a dudar de cómo debería llamarlo; sus cachorros lo llamaban ¨papá¨ y la mujer pelinegra le decía ¨Cariño¨, lo cual comenzó a confundirme. Cuando lo conocí lo empecé a llamar¨Labrador mayor¨ por el parecido de su cabello con el pelaje de mi madre, pensé que ese era su nombre porque creí que era obvio su parecido, pero me desconcerté más al ver un chaleco con el nombre ¨Arturo Soto¨ bordado en el.

Había acompañado a la cónyuge de Labrador Mayor cuando salió a tender la ropa cerca del campo de girasol, que estaba en la parte trasera de la casa, y cuando dejo la cesta y colgó el chaleco mi mente se quedó en blanco al ver el bordado y el logo de la estación de bomberos.

No te imaginas lo confundido que estaba, Francisco. Pero, en fin, los humanos son muy confusos con sus nombres. Supongo que sabes de eso.

Como sea, me desvié, lo que te decía: Pronto conocí a sus cachorros, Nicolas Soto, de quince años, y Daniel Soto Mandalí, de doce años. Se presentaron por su nombre completo y, en el caso de Nico, de mala gana ¡Como si yo fuera algún tipo de anciano, molesto, amigo de su padre! Ósea, sé que no era un perro joven ¡Pero no soy molesto! ¿Cierto, Francisco?

De todas formas, al menos Daniel se mostró emocionado por conocerme, recuerdo que cada día, él llegaba del colegio y yo era al primero que saludaba con un beso en la cabeza y un abrazo. Incluso me llevaba a su pieza para que duerma en su cama... ¿Puedes creer que incluso le suplicó a Labrador Mayor que me comprara un collar?

Sin duda su cachorro menor se volvió mi favorito.

Pero con Nico era todo lo contrario, ese chico tenía un extraño amor al fuego y quemar cosas... no lo sé, supongo que son gustos raros que agarran los adolescentes. O al menos eso es lo que dijo Arturo cuando vio a Nicolás hacer una cama de fósforos para quemar una garrapata que le saco al perro del vecino. Y qué bueno que Loto no vio como quemaban a su doña Leticia, ese perro le tenía un gran amor a sus garrapatas.

Bueno... igual no importa, Loto conseguía una nueva cada día, pero a lo que voy es que Nico era un problema andante. Era irónico como la cría de un bombero causaba incendios menores cada dos por tres.

Y por eso, yo me convertí en el niñero de Nicolas. Y con Daniel... bueno, no tenía que estar tan al pendiente con él, era tranquilo y prefería estar ayudando a su madre o leyendo libros en su cuarto. A Nico lo debía tener siempre en mi radar visual, un pequeño desliz y, seguramente, Loto se quedaba sin garrapatas con quienes charlar en las tardes, o las plantas de la señora Lindelia perdían sus hojas ¨naturalmente¨.

¡Fue una tortura, Francisco! ¡Sigo sin saber de dónde sacaba tantos fósforos ese muchacho! Y lo peor es que, cada vez que yo llegaba, me miraba como si yo fuera una milanesa de soja.

¡Ni siquiera me dio las gracias cuando lo salvé de tener una quemadura de segundo grado por andar jugando con un encendedor! Y encima, la regañada (por parte de la esposa de Labrador Mayor) me la llevé yo; porque pensó que me llevé el yesquero para mordisquearlo.

Todo comenzó en el cumpleaños número trece de Daniel, Arturo y Fabiela tuvieron que ir a una reunión de honor, que fue organizada por la estación de bomberos, pero le habían prometido a Daniel que volverían temprano para celebrar su cumpleaños.

Le habían comprado una torta napolitana y las clásicas velas bengalas, de esas que hacían un espectáculo de luces cuando las encendías. Daniel estaba emocionado, se le notaba desde lejos, pero Nico...solo estaba sentado en el sillón, con su cara metida en esa cajita brillante (que creo que se llamaba ¨celular¨), levantando la mirada de vez en cuando para ver a Daniel caminando por toda la casa, revisando que todo estuviera perfecto para cuando sea la hora de su fiesta.

Yo solo estaba acostado en su cama, quería tomar una siesta antes de que llegaran Labrador Mayor y Fabiela. Sabía que los cumpleaños duraban hasta altas horas de la noche, y yo quería estar despierto para pasar todo ese tiempo con la familia, así que solo cerré mis ojos y caí dormido en la suave colcha de la cama de Daniel.

Fue mi peor decisión, Francisco. Cuando desperté, faltaba poco para que los humanos adultos lleguen, pero no encontré a Daniel ni a Nicolas cuando los busque por la casa. Creí que estarían en el patio trasero de la casa, pero mi olfato había detectado algo, un olor familiar, pero no acogedor. Humo.

Rápidamente miré la mesa del comedor, en el paquete de velas faltaba una bengala. En ese momento imagine lo peor. El olor no venía de muy lejos de la casa, así que salí corriendo en dirección de donde provenía esa gran nube oscura.

Lo que vieron mis ojos no tuvo precio, Francisco. El campo de girasoles estaba envuelto en llamas, incluso había algunas aves que no tuvieron la suerte de salir volando antes de que el fuego las alcanzara.

No muy lejos vi a Nicolás, llorando y llamando desesperadamente a su padre con su celular. No vi a Daniel por ninguna parte, y entonces... lo olí, a pesar de la gran cantidad de humo que había, sentí el olor de Daniel entre las llamas.

Miré a Nicolas una última vez, no podía esperar hasta que llegara Labrador mayor y todo el equipo, si algo que aprendí durante mis años de servicio es que: el fuego no perdona ni un minuto de retraso.

Corrí lo más rápido que pude y atravesé los muros de fuego, por suerte el centro no estaba en llamas, pero si lleno de humo, lo cual me dificulto la vista; a pesar de eso, pude encontrar a Daniel.

Estaba inconsciente, seguro fue por la falta de oxígeno en el aire. Tuve que arrástralo, tirando de su remera, para sacarlo de ahí. Diferentes partes de mi cuerpo ardían, pero prefería sufrir esas quemaduras yo antes, que Daniel las sufriera también.

Fue difícil salir de ese infierno, pero, por suerte, la ayuda llegó justo cuando logré sacar a Daniel sano y salvo de ese lugar. Labrador Mayor tomó a Daniel en brazos y lo atendió mientras el resto del equipo apagaba el incendio.

Yo casi no podía mantenerme de pata, pero quería estar seguro de que el cachorro menor estuviera bien. Daniel despertó, tenía tos, pero fuera de eso nada grave.

Caí al suelo aliviado, pero ya no tenía fuerza para levantarme e ir a saludar a Daniel. Fabiela me notó, fue la primera en acercarse, luego la siguieron Nicolas y Daniel, y por último Papá.

Él me sostuvo contra su pecho, como la primera vez que nos conocimos, acarició mi cabeza con cuidado, evitando tocar mis quemaduras.

Daniel también me abrazo, Mamá me dio un beso en la frente y Nico me dio caricias en el costado de mi cuerpo.

Recuerdo sentir sus lágrimas cayendo en mi pelaje, quería decirles que no lloren, que yo no iba a irme, pero mi última misión había acabado.

El dolor de mis quemaduras comenzó a disminuir poco a poco, dejé de oler los girasoles asados y lo último que oí fue a Daniel decir que fui el mejor amigo que pudo tener.

Vi su expresión, tristeza y cariño, luego... Moví mi cola una última vez y cerré mis ojos para poder descansar.

-Y eso fue todo lo que pasó, Francisco- Dijo el perro mientras veía al santo, quien estaba sentado al lado suyo.

-Lamento que ese fuera tu destino, Forto- Murmuró el hombre mientras le ofrecía un pequeño girasol asado al canino-

-Está bien, señor Francisco, al menos salve al cachorro menor del Labrador mayor- Añadió alegremente el perro para después devorar el girasol.

-Bueno, ya debemos irnos, Forto- Dijo el hombre cuando el canino termino de comer. -Tu madre y tus hermanos seguro te están esperando- Exclamó mientras se levantaba y acomodaba su túnica.

El perro se levantó y siguió al hombre hacia el otro lado de esas grandes y majestuosas puertas.


CADA
GOTA
CUENTA!

Agosto en la puna jujeña

Autores: 3°, Escuela 299

Soleado día de agosto de dos mil dieciocho, un día perfecto para un viaje, así dijo la familia de Julio Almeda, un niño de doce años; y partieron para la bella puna jujeña.

Julio estaba encantado por el hermoso paisaje y los animales tiernos, todo era bello; y a pesar de que era invierno se sentía ese aire calentito de agosto.

Cuando llegaron a su destino escucharon las leyendas de la zona: el Coquena, el duende y muchas más, observaron las vicuñas, las llamas, los corderitos y los tupidos pastizales, luego recolectaron leña para hacer una fogata, Julio estaba tan emocionado que no dejó de jugar toda la tarde, ycuando se hicieron las cinco le dio hambre, así que aprovechando el fueguito se hicieron un mate cocido con rica-rica y pan.


VALA DE
MONTE
CARMELO

Cuando estaban a punto de irse, algo no estaba bien, la cara de Julio decía que se olvidaban algo. Su padre dejó las brasas prendidas y ¡zas! en un segundo el fuego cubrió todo el sitio de rojo; el viento de agosto furioso ayudó a encender todo. La familia Almeda se fue rápidamente de allí a pedir ayuda y ya seguros mientras se alejaban, Julio veía como las llamas consumían todo el lugar. Los animalitos corrían como guiados por el Coquena hacia algún refugio y las dañinas lenguas de fuego los perseguían.

En casa, el muchacho investigó más, vio todo lo que origina un incendio forestal y esto lo motivó a ayudar haciendo campañas para prevenirlos.

Hoy, Julio es bombero, el mejor bombero del norte y junto a sus compañeros, como guerreros, combaten los incendios y dan recomendaciones, como por ejemplo no dejar restos de fogatas encendidas, no tirar las colillas de cigarros sin apagarlas bien o no arrojar basura inflamable al suelo, y así proteger nuestra biodiversidad.



Salta

El susurro del cerro

Autores: 5to Grado "A"- Turno Mañana. Escuela Nº 4009, "9de Julio de 1816", Villa María Esther . Salta Capital

En la ciudad de Salta, donde los cerros vigilan el horizonte y los vientos traen historias antiguas, vive una niña llamada Luna. Cada tarde, al volver de la escuela, se sienta en su balcón a mirar el Cerro San Bernardo, ese gigante verde que parece dormido, pero que siempre está atento.

Luna ama ese cerro. Su abuela le contaba que era un lugar sagrado, donde los árboles cantaban canciones, los pájaros celebraban la vida y las piedras guardaban secretos de la ciudad.



Un día de calor intenso, mientras paseaba con su primo Nico por un sendero, vieron a unos jóvenes dejando brasas encendidas luego de hacer una fogata. El humo subía lento, como un aviso.

—¡No es nada! —dijo Nico—. Ya se va a apagar solo.

Pero Luna sintió que el cerro le hablaba, que su corazón de tierra latía muy fuerte, que algo no estaba bien. Fue entonces cuando los árboles, en lugar de cantar, hacían un ruego:

“¡Estas personas dejaron brasas prendidas que en fuego se van a transformar!

¡Y yo no tendré fuerzas para apagar!

¡Ayúdame por favor! ¡Me siento mal!

¡En peligro estoy!

Luna volvió corriendo a su casa, avisó a su familia y juntos llamaron a los bomberos. Por suerte, llegaron a tiempo. El fuego no se descontroló, pero dejó cicatrices negras en el suelo y un silencio triste en el aire.



Esa noche, Luna soñó con el cerro. En su sueño, una voz suave como el viento le dijo:

—Gracias, pequeña guardiana. Solo quienes escuchan a la naturaleza pueden protegerla.

Desde entonces, Luna se convirtió en una mensajera. En la escuela, en su casa, en el barrio, contaba su historia y enseñaba algo simple pero profundo:

"Un solo descuido puede despertar la furia del fuego. Pero un solo acto de cuidado puede salvar una vida, un bosque, un futuro."

Y así, el Cerro San Bernardo siguió en pie, con Luna y muchos otros guardianes dispuestos a cuidar la naturaleza de nuestra Salta La Linda.

Una gota no apaga el fuego,

pero muchas hacen un río.

Un solo paso parece poco,

pero juntos cambiamos el destino.

Su llanto entre llamas

Autores: 5to Año - Escuela Rural de Guachipas (Mari Cruz Chaile)

Sus susurros siempre me despertaban eran como cantos a mi alma, aunque nunca podré explicar cuánto la amaba. Mis palabras relatan lo mucho que anhelaba volver a despertar en aquella cama, tan suave como sus palmas.

Nunca fuimos ricos, pero el lugar donde vivíamos, rodeados de un pastizal amarillo que resplandecía con cada rayo de sol que lo tocaba, era como vivir en el paraíso. Rodeados de cerros que en llamas dejaban ver que la tierra vive, respira. Nuestra vida era muy tranquila solo apreciábamos cada momento y ella, ella era hermosa, sus ojos azules como el agua cristalina de ese río a kilómetros de nuestra casita, sus labios eran ardientes como las llamas que incendian hectáreas de árboles y sus labios incendiaban mis venas. Teníamos gustos similares, nos disgustaban las mismas cosas: odiábamos fumar y odiábamos el olor a tabaco un poco contradictorio porque hay muchas plantaciones en el pueblo y nos disgusta aún más saber que algunas personas sin consciencia dejan arder senderos enteros por no apagar bien un cigarro.

Ese hombre, alto un poco descuidado consigo mismo siempre pasaba fumando por nuestra casa, nunca tiró una colilla cerca, supongo que vio el mismo pastizal amarillo y sabía lo que conllevaría tirarla así nada más.

Trabajo lejos de casa y cada vez que regresaba veía a mi mujer con un vestido floreado poniendo la mesa con todo el amor del mundo, rozando con cuidado los manteles para no dañarlos, no podía ser mejor, era un alma solidaria muy creyente en dios, yo no tanto pero siempre acompañé sus actos bondadosos con la iglesia. A veces, amasaba kilos de harina para que los niños tengan pan, decía que dios se lo recompensaría. Pero todo cambió cuando esos pastizales que rodeaban mi casa de madera se pintaron de naranja, un naranja qué cada vez se hacía más intenso, ella no se enteró de lo que pasaba porque siempre que estaba sola escuchaba la radio a todo volumen. El hombre como era costumbre pasó y arrojo la colilla, me quito toda ilusión de seguir siendo feliz sumado a que la brisa de ese día era perfecta para desencadenar una catástrofe y así fue todo alrededor empezó a consumirse por las llamas, cuando ella miró para afuera lo único que vio fue su vida siendo arrebatada.



Cuando vi el humo de lejos y la hora, salí corriendo con la escasa esperanza de que no sea mi casa, que no sea ella. No creía en dios, pero rezaba sus oraciones para que no sea mi vida la que estaba ardiendo. Lo único que vi al llegar fue al hombre intentando apagar una parte del incendio para que salga mi mujer. La vi y de mis ojos brotaron lágrimas incapaces de apagar la tristeza que sentía, quise lanzarme a las llamas para sacarla, pero me detuvo con un grito al aire que me dijo:

-creo que ya he vivido todo, ya he visto tus ojos cada amanecer, cada anochecer, cada día y si dios desea que sea así, no quiero que vayas conmigo, aún tienes que reconstruir nuestro hogar sin mí, aún te queda ver mucho por mí.

Cada lagrima que derramaba mientras pronunciaba sus palabras eran lo que me faltaba para darme cuenta que sin ella no quiero estar.

-No se vivir sin ti le dije

-Ya encontrarás el camino, mi amor.

-¿Por qué me pides verte arder sin hacer nada?

-Tengo la sensación de que esto tenía que pasar.

-No quiero dejarte.

Entre miles de lágrimas y de rodillas le rogué que me dé la forma de salvarla de pasar el fuego y que no me hiciera nada, pero cada vez ese naranja era más intenso, más rojo, más sangriento y su voz se iba silenciando, entre las llamas vi sus lágrimas resbalando por sus mejillas y a su rostro desvanecerse poco a poco mientras sostenía su rosario en sus manos.

Quien iba a pensar que por culpa de la negligencia de aquel fumador perdería al amor de mi vida. Con todo el dolor del mundo esperé que las llamas se consumieran y cuando la ayuda llegó, detuvo el incendio para que no se siga expandiendo, no la sacaron con vida, tenía fe de que esa cruz entre sus manos la salvara, pero solo me dieron cenizas y el rosario de metal que no se consumió. ¿Eran sus cenizas o eran las de mi casa? Lo vi de lejos, a ese hombre, me acerque a decirle: fumar no solo mata a quien fuma, mató a quien amo, mató mi hogar, mis ilusiones, mató árboles, mató vidas.

Entre las llamas vi sus lágrimas cayendo por sus mejillasy entendí que nos amamos tanto qué nuestro amor ardió y solo quedaron cenizas.




Y despues me dicen que yo tengo la CULPA.
GASOLINA

Las sombras negras

Autores: Escuela Dr. Francisco J. Ortiz. Paraje Los Sauces, Dpto. Guachipas

Personajes:

- Duendín: duende; niño “alma”que suele jugar solo en los cerros.
- Don Sauce Llorón: árbol de la zona.
- Quirquinchín: quirquincho; animal de la zona.
- Piquillín: arbusto de la zona, que da frutos de color morado.
- Tiatín: arbusto de la zona con espinas.
- Sombras Negras (seres humanos sin conciencia).
- Bomberos Voluntarios: personas de gran corazón que ayudan a losque requieren de su ayuda en algún problema.

Érase un lugar muy lejano “Paraje los Sauces” rodeado de lindos árboles, plantas y todo tipo de animal, una persona dijo, -seguro que fue alguien tan bueno, poderoso y con mucho amor; el creador de los montes, los bosques, los ríos, los cerros, lugares muy bellos donde vivirían todo tipo de animales y plantas en paz y tranquilidad.

Un día Duendín con aspecto de niño, que era muy travieso, jugaba con Piquillín a las rondas, con Quirquinchín a rodar desde las laderas de los cerros, aunque Tiatín con sus espinas, les prohibía salir de la naturaleza, pero jugaban y jugaban durante día y noche.

Cerca de una peña vivía don Sauce, era un árbol muy pero muy viejo del lugar, era el sabiondo, al que todos respetaban. Un día preocupado hizo llamar con Duendín, a todos los animalitos y plantitas; para contarles sobre el futuro de la naturaleza...malos augurios. Vinieron de los más diversos lugares, animales nunca vistos de diferentes especies y plantas que se comunicaban por señas.

En la reunión don Sauce les contaba a todos sobre la presencia de unos seres con mucha maldad ¨Las Sombras Negras¨que llegan a estos lugares a llevarse todo, a matar sin control, a talar a los árboles y algo peor a prendernos fuego.

Cuando seguía contando, se puso mejor, de pronto se oyeron unos ruidos muy raros y fuertes... eran Las Sombras Negras que llegaban al lugar de la reunión. Todos despavoridos corrían, otros se metían en sus cuevas, algunos volaban de árbol en árbol, y las pobres plantitas solo se resignaban a morir quemadas.

Pero en medio de la desesperación y llanto, Duendín muy angustiado corrió como un rayó en busca de ayuda, aunque se chamusco bastante, hasta que logró encontrar a unos seres vestidos de rojo y amarillo, con casco y bien equipados, eran los Bomberos que fueron inmediatamente en su ayuda para apagar el fuego, ellos, desde ese día piden a todos, que cuiden la naturaleza, no tiren basura, no prendan fuego y que si alguien ve incendio en los cerros deben denunciar para proteger el ambiente.

Eso sí, a Duendín se lo ve solo y en las noches aparece como una sombra de un niño con sombrero, que cuida y juega en ronda con los animales y se esconde entre los árboles; don Sauce se convirtió en un abuelo con sus largas ramas como si estuviera llorando por la mala acción de algunos con la naturaleza; ahora lo llaman Sauce Llorón. También desde ese día comprendimos que todos debemos cuidar la biodiversidad y prevenir los incendios para salvar vidas...y colorín colorado este cuento se ha terminado y que este bello lugar siga vivo, si entre todos lo cuidamos.



Tucumán

La última chispa

Autores: Escuela Rural Secundaria Taco Palta

En la ladera de una montaña cubierta de pinos y senderos secretos, existía un lugar especial llamado Monte Claro. No aparecía en los mapas, pero todos en el pueblo sabían que era un refugio de calma, un espacio sagrado donde el tiempo parecía detenerse.

Juli, una chica de 15 años, solía escapar allí cuando el ruido del mundo la cansaba. Amaba sentarse en una roca alta y ver cómo el viento jugaba con las copas de los árboles. Una tarde de verano, decidió acampar allí con sus amigos: Nico, Sofi y Leo.

Mientras caía la noche, alguien sacó una caja de fósforos.

—¿Encendemos una fogata? —preguntó Leo—. Solo para calentar malvaviscos. No pasa nada.

Juli dudó. Había visto carteles en el camino: “PELIGRO EXTREMO DE INCENDIOS – NO HACER FOGATAS”. Pero el cielo estaba despejado, no había viento. Parecía inofensivo.

—Solo un rato —dijo finalmente—. La apagamos bien después.

Encendieron la fogata. Rieron, cantaron, contaron historias. Y cuando el sueño les ganó, la apagaron... o creyeron haberlo hecho.
Esa madrugada, una brisa cálida trajo de vuelta una chispa. Nadie la vio. Nadie la oyó. Pero el bosque sí.

Las llamas se despertaron lentamente, como si recordaran algo antiguo. Cuando Juli abrió los ojos, el cielo ya no era azul, sino naranja. Gritos. Humo. Huir.

El incendio fue contenido por los bomberos tras horas de lucha. El bosque sobrevivió... parcialmente. Pero cientos de árboles, animales y nidos fueron arrasados.



Días después, Juli volvió sola. El lugar que tanto amaba tenía cicatrices. Y ella también.

Se prometió a sí misma que nunca más ignoraría una advertencia. Que contaría su historia una y otra vez. Que enseñaría a otros que un solo descuido —una chispa— puede cambiarlo todo.

"Los incendios forestales no empiezan solos. Una chispa puede arder por segundos... pero dejar consecuencias para siempre. Cuidar la naturaleza no es una opción, es una responsabilidad."



El susurro del monte y el anciano prudente

Autores: 2° Escuela Media De La Cruz, Burruyacu. (Ticiana Oscari Mendoza).

El las faldas de las sierras tucumanas, donde el verde de la caña de azúcar se mezclaba con el ocre de la tierra seca en el otoño, vivía el viejo Don Ramón.

Su casa, modesta y de adobe, se alzaba al borde de un monte espeso, de esos que en verano, con el sol bravo y el viento Zonda, se vuelven un polvorín.

Don Ramón no tenía lujos, pero tenía sabiduría. Y la había ganado a pulso, viendo a su pueblo, año tras año, luchar contra las lenguas rojas y voraces de los incendios forestales. No había verano sin el humo en el horizonte, sin el miedo a que las llamas lamieran sus siembras, su rancho, sus recuerdos.

En el pueblo se contaba una leyenda, susurrada entre fogones y noches de mate cocido: que los incendios forestales no eran solo cosa del rayo o la sequía. Decían que el “Alma del Monte”, un espíritu antiguo y protector, se enojaba cuando los hombres eran descuidados. Y que, si el fuego era por negligencia, el Alma del Monte se retiraba, dejando a su paso solo cenizas y una profunda tristeza en el aire.

Don Ramón, aunque respetaba las historias, creía más en la mano del hombre. Por eso, cada año, al llegar la estación seca el era el primero en prepararse.

Su terreno, alrededor de la casa, estaba siempre desmalezado. Ni una brizna seca, ni una rama caída. “El fuego camina por lo seco”, les decía a sus nietos, mientras rastrillaba con paciencia. “Si no tiene por dónde ir, se queda quieto”.

Tenía un tanque de agua siempre lleno, con baldes y trapos viejos al lado. “Aguas es vida contra el fuego”, repetía. “No esperen que la traigan de lejos”. La que tenés a mano es la que salva.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, hacia quemadas de rastrojo en días de viento. “El viento es el jinete del fuego”, advertía. “Lleva la chispa lejos, a donde no la vemos. Y cuando la vemos, ya es demasiado tarde”.

Había visto demasiadas quemas “controladas” volverse infiernos descontrolados.

Sus cigarrillos, que fumaba de vez en cuando sentado en el umbral, lo apagaba con esmero en un recipiente con arena, no en la tierra seca. “Una colilla, una vida”, sentenciaba. Y los niños del pueblo, que lo veían como un abuelo sabio, recordaban esa frase. En las noches de verano, cuando la brisa refrescaba un poco, se sentaba con sus vecinos. “Cuenten lo que vieron”, les pedía. “Si vieron humo, una columna, algo extraño, avisen. Un aviso a tiempo es la mitad de la batalla ganada”. Promovía la vigilancia comunitaria, la mirada atenta de todos.

Un mediodía de octubre, el sol era un castigo. Un viento caliente empezó a soplar. Desde la loma, un joven que volvía del pueblo divisó una pequeña fumarola, apenas un hilito, no muy lejos de la casa de Don Ramón. No era por la zona habitual las quemas, era más adentro del monte.

El joven, recordando las palabras de Don Ramón, no dudó. Corrió, con la garganta seca, hasta la casa del anciano.

Don Ramón, apenas escuchó la descripción, tomó baldes y el trapo mojado. Junto con el joven y otros vecinos que se sumaron al aviso, corrieron hacia el punto. La fumarola era ahora una pequeña llama que empezaba a prender en la hojarasca seca. Si hubiera tardado unos minutos más, si el viento hubiera avivado el fuego, sería incontrolable.

Pero gracias a la rapidez del aviso, a la preparación de Don Ramón con su agua y su trapo, lograron sofocar el conato de incendio. La llama se apagó, dejando solo olor a humo y tierra mojada.



Al día siguiente, el cielo seguía azul. No hubo columnas de humo ni el sonido de las sirenas de los bomberos. El Alma del Monte, quizás, no se había retirado. Tal vez, al ver la prudencia y la acción rápida de los hombres, había decidido quedarse, protegiendo el verde de la tierra. Don Ramón, sentado en su umbral, observaba el monte intacto, Sabía que la verdadera leyenda no era la del espíritu enojado, sino la de los hombre y mujeres que, con preparación y colaboración, podían evitar que el fuego devorara sus sueños y la belleza de su tierra. Y ese, el de la prevención, era el cuento más realista y el más importante que quería dejar a las generaciones venideras.

El cuento busca enseñar que la unión de un pueblo puede salvar las vidas cuando se produce un incendio forestal.



La promesa del monte en La Ramada de Abajo

Autores: Escuela Media De La Cruz, Burruyacu.

En la Ramada de Abajo, donde los senderos de tierra se cruzan con el verde espeso del monte y los tucanes vuelan bajo el atardecer, vivía Micaela, una niña curiosa de ojos grandes y alma inquieta. Le gustaba explorar con su abuelo Don Anselmo, quien conocía cada árbol, cada canto de ave y cada perfume del monte como si fuera parte de su sangre.

-Este monte es como un gran libro - le decía él. - Pero si se quema, se pierde lo que cuenta.



A Micaela le encantaba escuchar esas historias mientras caminaban entre los quebrachos, los lapachos florecidos y los senderos que llevaban al arroyo. Pero un día, algo cambió.

Fue en septiembre, cuando el viento zonda sopla fuerte y todo está seco como espina. Un domingo por la tarde, mientras unos chicos hacían un asado cerca del monte, una chispa saltó. Nadie lo vio. En minutos, el fuego empezó a correr por el pastizal como si tuviera vida propia. En una hora, las llamas lamían los troncos y el humo cubría el cielo.

Los vecinos corrieron con baldes, ramas verdes y palas. Don Anselmo gritaba:

-¡Abran paso! ¡No se acerquen sin saber cómo ayudar!

Micaela lloraba al ver como los árboles crujían y los animales huían confundidos. El monte ardía, y con él, se iba todo lo que su abuelo le había enseñado.

Al día siguiente, cuando el fuego ya estaba apagado y el aire olía a ceniza, los vecinos se reunieron en la escuela rural. Allí, el director propuso una idea:

-Hagamos un pacto con el monte. Enseñemos a los chicos y a los grandes como cuidarlo.

Y así nació la “Brigada Verde de La Ramada”, con Micaela como una de sus primeras guardianas.

Aprendieron a:

- No hacer fuego cerca del monte, ni a tirar colillas.
- Denunciar cualquier quema ilegal.
- Plantar especies nativas como algarrobos, guayacanes y molles.
- Cuidar a los animales como el zorro gris, el tatú carreta y el picaflor esmeralda, que también tenían derecho a vivir en paz.

Un año después, el monte había comenzado a reverdecer. Y una mañana, mientras Micaela caminaba por un sendero reforestado, escuchó el canto de un pájaro que no oía desde antes del incendio. Sonrió y pensó que, tal vez, el monte estaba agradecido. Desde entonces, en La Ramada de Abajo, cada vez que alguien prende fuego, lo piensa dos veces. Porque todos saben que el monte no es solo árboles: es casa, historia y promesa de futuro.



El bosque que lloraba humo

Autores: 6° Año "A". Escuela Secundaria WenceslaoPosse. (Rojas Delfina).

Había una vez un bosque inmenso y antiguo. En él vivían árboles centenarios, animales de todos los colores y un espíritu sabio que cuidaba la armonía del lugar.

Cada mañana, el bosque cantaba: las hojas susurraban con el viento, los pájaros afinaban sus trinos y los ríos contaban historias de tiempos pasados. Todo era paz y tranquilidad... hasta que un día llegó el hombre con su fuego.

Este hombre no venía a escuchar, ni a cuidar. Venía a talar, a arrasar...y sin querer dejó caer una chispa encendida entre las hojas secas.

Al principio fue solo un crujido. Luego, una enorme nube de humo. En minutos, el fuego corrió como un monstruo rojo, arrasando entre los árboles, destruyendo nidos, madrigueras y raíces.

Los animales hundidos en desesperación lograron huir, las flores se marchitaron en segundos y el cielo se volvió gris. El Espíritu del bosque, ya viejo y cansado, alzó su voz de ramas:

—¿Por qué nos hacen esto? ¡El bosque también siente!

Cerca del bosque había un pueblo donde vivía una niña que vio el humo elevarse. Ella amaba ese bosque. Allí había aprendido a escuchar los secretos del viento y a seguir las huellas de los animales. Con lágrimas en los ojos, corrió hacia el pueblo:

—¡El bosque está ardiendo! ¡Hay que salvarlo!

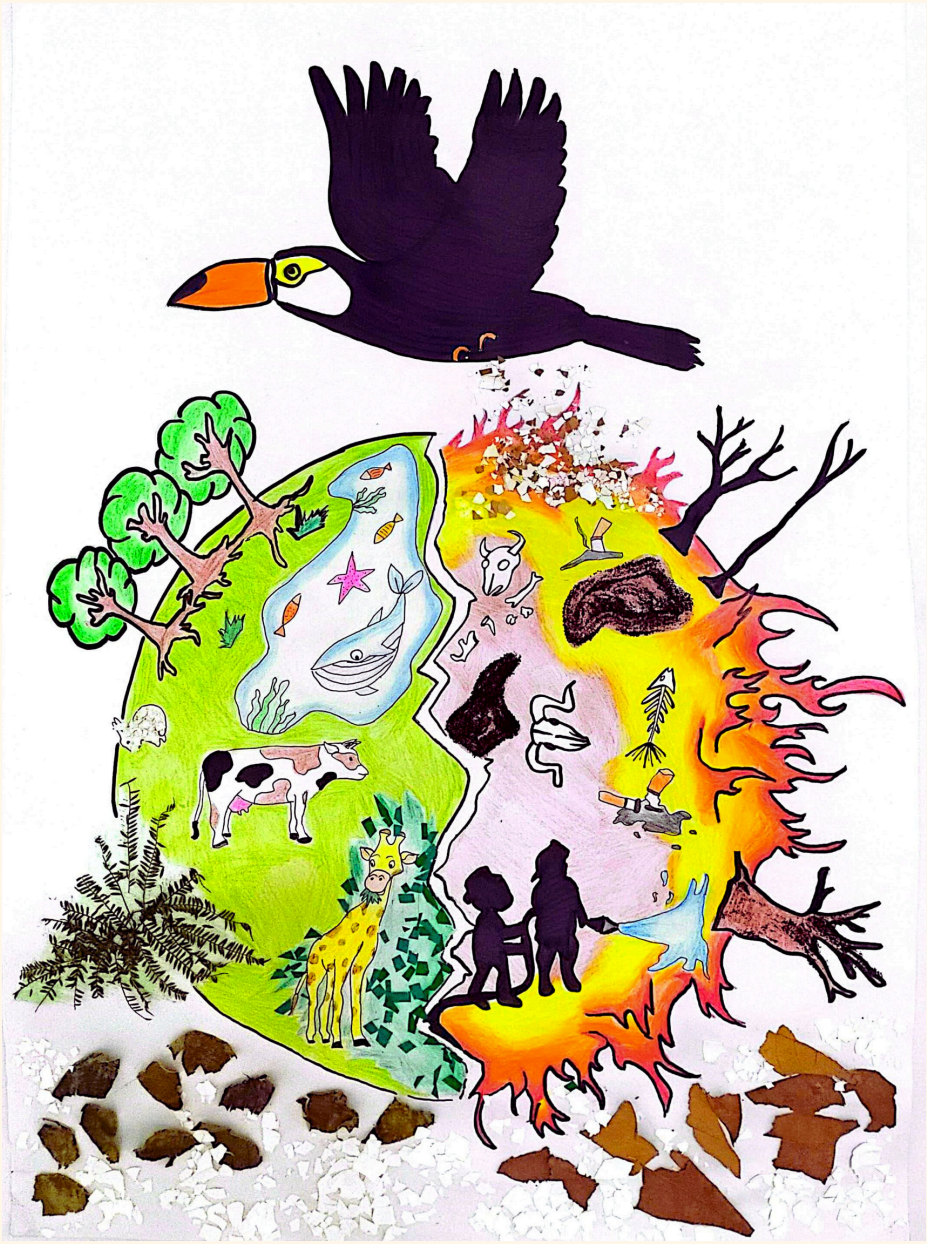
Muchos no quisieron oírla. Pero otros, tocados por su valor, tomaron recipientes, palas y esperanzas. Durante días, lucharon contra las llamas. Lloraron con el bosque y, al final, lograron apagar el último suspiro del fuego.

Cuando la niña volvió al bosque, encontró cenizas, pero también pequeños brotes verdes asomando en la tierra quemada. El Espíritu del bosque incluso herido, sonrió:

—De las cenizas siempre puede nacer algo nuevo si se cuida con amor.

Desde entonces, los niños del pueblo cuidaron el bosque. Enseñaron a otros a prevenir incendios, a respetar la naturaleza y a recordar que el fuego no es un juego.

Y cada primavera, el bosque vuelve a cantar.



El susurro del humo

Autores: 6° Año "A". Escuela Secundaria Wenceslao Posse. (Aylen Coronel).

Álvaro era un guardabosques solitario, acostumbrado a la rutina serena del bosque. Cada mañana caminaba entre los pinos altos, escuchando el crujido de las ramas bajo sus botas y el canto de las aves. Pero una noche, después de una jornada especialmente calurosa, se fue a su cabaña a intentar dormir y se acostó sintiendo una inquietud en su pecho. El cielo estaba teñido de un rojo anaranjado y el aire se encontraba espeso y con un olor a madera quemada.

Álvaro soñó con llamas. En su sueño, el bosque ardía de forma violenta, como si un dragón de fuego hubiera despertado y quemado todo a su paso. Los árboles se retorcían y caían, los animales corrían despavoridos y el cielo se tornaba negro. Él corría también, desesperado, gritando, pidiendo ayuda, intentando apagar el fuego con todo su ser, pero no podía hacer nada.

En medio del caos, escuchó una voz suave como un susurro entre el humo: "Aún puedes evitarlo..."

Despertó sobresaltado, jadeando, cubierto de sudor, pero todo parecía tranquilo. Sin embargo, algo era diferente. Salió de su cabaña y notó que el bosque no era el mismo. Los árboles eran más verdes, más altos, y el aire más puro. Caminó confundido hasta un claro donde antes había un área devastada por un incendio del año anterior... pero estaba intacta, llena de vida.

La gente que conocía tampoco lo reconocía. Lo llamaban por otro nombre. En esta versión del mundo el incendio nunca había ocurrido.

Álvaro comprendió que estaba viviendo en una realidad alterna donde el fuego nunca arrasó su amado bosque. En ese momento, decidió no desperdiciar esta segunda oportunidad. Dedicó su vida a la prevención de incendios, educando a las comunidades, instalando sistemas de detección temprana y cuidando cada rincón del bosque como si fuera sagrado.

Un día, sentado frente a una fogata controlada, volvió a oír aquel suave susurro de su sueño entre las brasas:

“Esta vez, lo hiciste bien.” Y sonrió, sin saber si seguía soñando o si por fin había despertado en la realidad correcta.



Catamarca

Los guardianes del viento verde

Autores: 4º Grado. Escuela Nº 179 Chumbicha

Había una vez, en lo más alto de los cerros catamarqueños, un viento mágico que recorría los bosques, los cardones, los árboles grandes como el algarrobo y los ríos cristalinos que bajaban desde las montañas. Ese viento traía secretos muy antiguos, de cuando la naturaleza hablaba con las personas.

Pero un día, empezaron a llegar cosas feas: basura tirada, incendios que quemaban todo y humo que tapaba el cielo. Los animales escapaban asustados, los árboles lloraban con sus hojas secas, y la tierra se ponía triste.

Fue entonces cuando la Pachamama, la Madre Tierra, decidió despertar a dos guardianes dormidos por siglos en las piedras mágicas de la sierra: un niño y una niña con poderes especiales.

El niño se llamaba Rayen " Fuego Azul", y podía controlar el fuego con sus manos para apagar los incendios con rayos de agua que salían de su bastón de algarrobo. La niña se llamaba Amaru "Sol Verde", y tenía el poder de hacer crecer las plantas y curar los árboles quemados con su capa hecha de hojas vivas.

Rayen y Amaru bajaron volando con sus cóndores guardianes desde la cima del cerro, El Manchao. Al llegar, vieron que había un incendio enorme cerca de un monte de chañares y breas. –¡No podemos dejar que el fuego destruya todo! –gritó Rayen. –¡Vamos a proteger nuestra tierra! –dijo Amaru.



Lucharon contra el incendio durante toda la tarde. Rayen disparaba chorros de agua desde su bastón mientras Amaru hacía brotar nuevas plantas por donde pasaba. Los animales, como los zorros, los quirquinchos y hasta las vizcachas, salieron a ayudar, llevando agua con hojas grandes.

Después de muchas horas, lograron apagar el incendio. El monte quedó herido, pero vivo.

Y con los poderes de los guardianes, las primeras flores volvieron a nacer.

Entonces Rayen se subió a una piedra alta y gritó: – ¡La naturaleza no necesita héroes que vengan volando! ¡Necesita personas que no tiren basura, que no hagan fuego en el monte, que cuiden a los animales y que amen esta tierra!

Amaru lo acompañó y dijo:

– Nosotros solo despertamos cuando ya es demasiado tarde. ¡Sean ustedes los nuevos guardianes! ¡Cuiden lo que es de todos!
Desde entonces, los chicos y chicas del norte de Catamarca empezaron a hacer carteles, plantar árboles, juntar basura, y hablar con los grandes para enseñarles cómo cuidar la Pachamama.

Y si alguna vez alguien olvida que la naturaleza es sagrada, se escucha un silbido del viento y una sombra que vuela sobre los cerros: son Rayen Fuego Azul y Amaru Sol Verde, los Guardianes del Viento Verde, que siguen cuidando el corazón verde de Catamarca.

Reflexión final:

Cuidar la naturaleza no es solo cosa de héroes con superpoderes. Cada uno de nosotros puede ser un guardián plantando un árbol, apagando bien un fuego, no tirando basura, respetando a los animales y enseñando a otros. ¡El futuro del planeta está en nuestras manos!



Guardianes de la montaña

Autores: Brigada ecológica infantil municipal. Mutquín, Pomán.

En lo alto de una montaña verde y silenciosa, vivían el Zorzal cantor y el Venado de patas suaves. Eran amigos inseparables, y todos los días compartían la alegría de la montaña con los demás animales. El Zorzal cantaba desde las ramas más altas, mientras el Venado recorría los caminos cuidando que todo estuviera en orden.

Una tarde cálida, algo extraño perturbó la tranquilidad del lugar. Un humo oscuro comenzó a trepar por las copas de los árboles.

—¡Algo arde! —avisó el Zorzal, volando rápido—. ¡Hay fuego en la montaña!

El Venado corrió veloz hasta la cima, y allí encontró una pequeña fogata abandonada. A su lado, latas, botellas y papeles estaban esparcidos por el suelo.

—¡Alguien vino y no apagó el fuego! —dijo preocupado—. ¡Esto no fue un rayo, esto fue un descuido!

Las llamas ya comenzaban a avanzar. El Zorzal alertó a todos los animales desde el cielo, mientras el Venado guiaba a los más pequeños hacia el río. El incendio fue fuerte, pero gracias a su rápida acción, todos se salvaron.

Después del gran incendio en la montaña, el Zorzal y el Venado creyeron que todo había pasado. Pero unos días después, una nueva columna de humo apareció en el cielo.

Esta vez, no fueron los animales los primeros en verlo. Fue Tomás, un niño del pueblo que le encantaba la naturaleza y solía caminar con su abuelo por senderos y ríos. Desde su ventana, vio el humo subiendo detrásde los árboles.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Está saliendo humo de la montaña! —gritó con el corazón acelerado.

Su familia llamó rápidamente a la brigada de incendios forestales, y gracias a la alerta temprana, el fuego fue contenido antes de que se expandiera.

Al día siguiente, Tomás no podía dejar de pensar en lo que había pasado.

—¿Y si no me daba cuenta? —le preguntó a su abuelo—. El bosque se hubiera quemado otra vez...

—Por eso es importante estar atentos y enseñar a los demás a cuidar lo que tenemos —respondió el abuelo, con una sonrisa sabia—. ¿Querés hacer algo más?

Y Tomás dijo que sí.

Con la ayuda de la brigada de incendios forestales, Tomás organizó una brigada ecológica y así nació su primera charla sobre prevención de incendios. Invitó a sus compañeros, a los vecinos y hasta a los más pequeños del pueblo.

El Zorzal y el Venado, escondidos entre las ramas, escuchaban felices. El mensaje estaba llegando a todos.

Tomás explicó:

—Las montañas, cerros y valles no se cuidan solos. Si vemos fuego, humo o alguien haciendo algo peligroso, tenemos que avisar. Y también tenemos que ser responsables: no tirar basura, no hacer fuego donde no se puede, y respetar la vida que vive en los árboles, en el agua, en el aire.

Pronto, otros niños se sumaron. Pintaron carteles, escribieron canciones, hicieron dibujos. El bosque tenía ahora muchos guardianes, de todas las edades.

El Zorzal volvió a cantar con alegría. El Venado ya no corría con miedo. Y la montaña, aunque herida, empezó a sanar.

Desde entonces, a Tomás lo conocen como "el Niño de la Brigada ecológica", y en cada charla que da, repite una frase que aprendió ese día:

—“Un solo descuido puede encender el fuego. Pero muchas voces juntas pueden encender el cambio.”



¡Comer un asado puede ser peligroso!

Autores: 1°Año Escuela Secundaria Rural N°1, Singuil, Ambato.

Una vez un grupo de recolectores de maíz, de nuestra localidad de Singuil, luego del trabajo decidieron dejar las maquinarias de lado y comer un rico asado juntos. Nadie contaba que una simple comida podría causar tanto desastre y tristeza a su vez.



Mientras estaban preparando el fuego, saltó una chipa en unas hojas secas provocando un incendio tan grande que cuando lo quisieron remediar era demasiado tarde. Desesperados y con el corazón palpitando por la situación, corrieron a buscar las máquinas. sacándolas del lugar para que no se incendien. El fuego se esparcía tan rápido que apenas lograron salvarse. El incendio llegó hasta corrales de animales donde muchos murieron y pocos se salvaron, fue tan desastroso que se quemaron casas dejándolas completamente en ruinas. Era tal velocidad con que las llamas extinguían a su paso, devorando todo lo que en su camino encontraba, llegando hasta las cosechas, quedando “absolutamente nada”. Lo que un día fue el alimento para muchos, en ese momento solo eran cenizas. Desde lo más alto todo se veía negro pues esto quemó casi todos los campos provocando tristeza, desolación, incertidumbre, rabia hacia aquellos que habían atentado contra la naturaleza y la población, y mucho más para los que perdieron su casa, animales y sus cosechas que llevaron trabajo duro día a día.

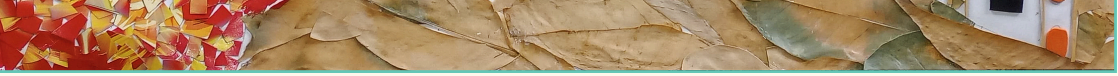
También para todos aquellos que veían como el fuego quemaba el pueblo que tanto quieren, todo por la distracción o quizás desconocimiento de lo que el fuego puede producir en tan solo segundos, como consecuencia del mal accionar del hombre. El miedo que tenían era tan grande que ni siquiera podían ayudara apagarlo, ya que las llamas tan altas hacían doblar y crujir a cualquier árbol que se atreviera a hacerle frente.

Por las noches se sentían los helicópteros que pasaban para tirar agua desde arriba. El miedo fue aún peor cuando esté fuego estuvo a punto de quemar una pequeña casita donde vivían dos personas muy queridas, un hombre y su madre. La gente al enterarse de esto ayudó a estas personas a sacar las pocas cosas que tenían en su casita. Trajeron camiones para cargar los animales que tenían, ya que de esos ellos se las arreglaban para vivir.

Esta pesadilla duro cinco días y cinco noches, que parecieron años de la desesperación. Hoy, los campos van recuperando su lindo color verde poco a poco y la precaución en el manejo del fuego es nuestra aliada.

Nunca hagan algo sin precaución por qué no saben lo que puede pasar minutos después





Guía de Imágenes

Tapa:

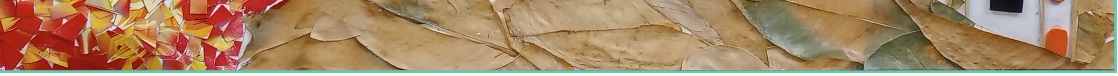
- Escuela Técnica N°1 de Lastenia. Tucumán
- Colegio Secundario San Juan de la Salle. Jujuy
- Escuela N° 210 Gregorio Aráoz de Lamadrid. Tucumán
- Colegio Privado Rodolfo Senet. Catamarca

Cuentos:

- Escuela N° 455, ADEP. Jujuy
- Colegio Privado Virgen Niña. Catamarca
- Colegio N° 5092, Polivalente de Arte. Salta
- Escuela Técnica N°1 de Lastenia. Tucumán
- Escuela N° 4752 Dody Aráoz Costas de Jovanovic Usandivaras
- Colegio Secundario San Juan de la Salle. Jujuy
- Escuela José Hernández. Jujuy
- Colegio Verbum. Salta
- Escuela N° 89 Salvador Debenedetti. Jujuy
- Colegio Privado Rodolfo Senet. Catamarca
- Escuela N° 4009, “9 de Julio de 1986”. Salta
- Colegio Privado Rodolfo Senet. Catamarca
- Escuela N° 253 Estado de Israel, Tucumán
- Escuela Secundaria N° 62, “Profesor Ramón A. Barrios”. Catamarca
- Escuela N° 5027 “Gral. José de San Martín”. Salta
- Escuela Dr. Miguel Lillo. Tucumán
- Escuela N° 5020, “Néstor Palacios”. Salta
- Escuela Secundaria “El Nogalito”. Tucumán
- Bachillerato Provincial N°4, “Armada Argentina”. Jujuy



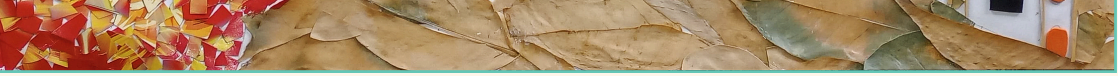
- Bachillerato Provincial N°4, “Armada Argentina”. Jujuy
- Escuela Secundaria N° 62 “Prof. Ramón A. Barrios”. Catamarca
- Escuela N° 34 Santo de La Espada. Tucumán
- Escuela Capitán de los Andes. Tucumán
- Escuela N° 5027 “Gral. José de San Martín”. Salta
- Escuela N° 23, “María de los R. E. de San Martín”. Jujuy
- Escuela N° 179 Chumbicha. Catamarca. En base a disfraces realizados por los alumnos.
- Colegio Secundario San Juan de la Salle. Jujuy
- Colegio Secundario N° 36 Monterrico. Jujuy
- Escuela N° 210 Gregorio Aráoz de Lamadrid. Tucumán
- Escuela Secundaria Rural N° 1 Singuil. Catamarca



Índice

- La gran lección de la Aldea Verde. Pág. 7
- El bosque de lumbre y esperanza. Pág. 11
- ¡Forto amigo, fuego no! “El fuego no perdona ni un minuto de retraso”. Pág. 15
- Agosto en la Puna Jujeño. Pág. 26
- El susurro del cerro. Pág. 30
- Su llanto entre llamas. Pág. 33
- Las sombras negras. Pág. 38
- La última chispa. Pág. 42
- El susurro del monte y el anciano prudente. Pág. 45
- La promesa del monte en La Ramada de abajo. Pág. 49
- El bosque que lloraba humo. Pág. 52
- El susurro del humo. Pág. 55
- Los guardianes del viento verde. Pág. 58





- Guardianes de la montaña. Pág. 62
- ¡Comer un asado puede ser peligroso! Pág. 66





¿Qué sucede cuando los niños y jóvenes toman la palabra para defender su tierra? Nace la esperanza. Este libro recopila las obras ganadoras y destacadas del IV Concurso "Prevenir Incendios es Salvar Vidas", un certamen que une a las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca bajo una misma bandera: la defensa del ambiente.

En estas páginas los alumnos de niveles primario y secundario han volcado su creatividad en cuentos y piezas artísticas que funcionan como urgentes campañas de prevención.

Este no es un libro para leer y olvidar. Es un llamado a la acción. Sus autores son los nuevos promotores ambientales de la región, y a través de estas páginas, nos interpelan a nosotros —padres, vecinos, autoridades— a despertar nuestra propia conciencia ambiental. Porque los incendios se previenen con educación.

mesadelfuegonoa.org

ISBN 978-631-01-4360-6